



TECLEORAPIDO

El testimonio de Andrés Aylwin

LUIS ALBERTO MANSILLA

Andrés Aylwin tiene algo de don Quijote. Arremetió contra los molinos de viento durante diecisiete años cuando sus aspas giraban con violencia y despedaban a quienes se acercaban. Desafió todos los peligros y defendió con enorme coraje la vida, la dignidad y la libertad de millares de víctimas del terrorismo de Estado.

Pensó escribir una novela que retratara la vida diaria bajo el miedo, pero optó por el testimonio. Escribió un libro de casi 500 páginas que llamó "Simplemente lo que vi y los imperativos que surgen del dolor" (LOM Ediciones). En ciertos pasajes, su lectura provoca escalofríos.

Aylwin señala que sólo se trata de la narración de un conjunto de experiencias, una mirada a todo lo que vio y vivió en el intento de "revivir lo que es realmente una dictadura en la vida diaria de una comunidad y junto con ello contribuir a hacer conciencia de que la perversidad que nos afectó durante 17 años estuvo presente en todas partes, al lado nuestro ¡junto a nosotros!".

Fue diputado DC por el entonces cuarto distrito de Santiago y tenía una estrecha relación con los electores, en su mayoría campesinos de Paine, Buin, Melipilla, María Pinto, Lampa.

Evoca en el libro la vieja casa en la que vivieron en San Bernardo, frente a la maestranza de los ferrocarriles, cuya sirena matinal convocaba a dos mil trabajadores que conocían y estimaban a la familia Aylwin.

La maestranza congregaba en las fiestas patrias a gran parte de los sanbernardinos. Allí penetró el 28 de septiembre de 1973 un grupo de uniformados fuertemente armados que arrestó a nueve obreros a los que se sumaron otros dos detenidos en sus casas. Fue el comienzo de una cadena de horrores. Los once fueron fusilados y sus cuerpos despedazados con ensañamiento.

Casi simultáneamente fueron detenidos en Paine cien

campesinos ligados a la Reforma Agraria, dirigentes, simples militantes o simpatizantes de la UP. Sus familiares acudieron a Aylwin para que los representara como abogado y amigo. La Corte Suprema rechazó de inmediato los recursos de amparo que presentó. Los campesinos fueron conducidos a diversos recintos militares. Sólo tres se salvaron del fusilamiento.

Un batallón recorrió la zona de Paine arrojando a personas que jamás retornaron a sus hogares. Fueron inútiles los esfuerzos de Aylwin por hacer presente estos crímenes. El Presidente de la Suprema le dijo que se estaba en guerra y que no había que crearles problemas a los "Salvadores de la Patria".

Se había establecido -dice el relato- una especie de doctrina del terror. Uno de los ideólogos del régimen

señalaba que el éxito de la Junta estaba ligado "a la dureza y energía que el país aplaude. Todo complejo o vacilación en este propósito será nefasto". El mismo teórico expresaba en 1974 que la Junta de Gobierno no respondía ante nadie, "sino ante Dios y la historia".

Nada hizo desistir a Andrés Aylwin de su tarea de denunciar los crímenes, golpear las puertas de los tribunales, defender a los

detenidos, indagar sobre los desaparecidos, escuchar las voces del dolor. En el libro se exalta el papel que cumplió la Vicaría de la Solidaridad, "luz y esperanza en tiempos de muerte y oscuridad", dice Aylwin.

En el verano de 1978, Aylwin fue detenido junto a otros 12 militantes de la DC. Lo relegaron a Guallaitire, una remota aldea aymará a 4.500 kms. de altura. Pudo haber muerto entonces, pero regresó y nada acalló su denuncia de todo lo que vino después.

Andrés Aylwin hace un llamado a no olvidar "los horrores que tienden en la actualidad a relativarse e incluso a justificarse".

Nada hizo desistir a Andrés Aylwin de su tarea de denunciar los crímenes, golpear las puertas de los tribunales, defender a los detenidos, indagar sobre los desaparecidos, escuchar las voces del dolor